

# ACTO DE APERTURA



DISCURSO DEL PROF. DR. JOSE LUIS ILLANES, DECANO  
DE LA FACULTAD DE TEOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD  
DE NAVARRA

Excmo. y Magnífico Sr. Rector,  
Excmos. y Revdmos. Sres. Arzobispos,  
Sres. Profesores,  
Señoras y señores.

En 1980, al organizar el segundo de nuestros Simposios Internacionales de Teología, escogimos como tema la cuestión que iba a ser objeto del inmediato Sínodo de Obispos —la concepción cristiana del matrimonio y la familia—, uniéndonos así desde la perspectiva propia de una institución académica, a esa importante manifestación de la vida eclesial. La decisión se manifestó acertada: tanto la celebración del Simposio como la posterior, y pronta, publicación de sus actas, no sólo estimularon la vida de la Facultad, sino que obtuvieron un amplio eco. Ese hecho nos ha llevado a intentar repetir la experiencia, dedicando el V Simposio Internacional de Teología, que hoy comienza, al estudio de la reconciliación y la penitencia, sobre las que versará el Sínodo de Obispos que tendrá lugar en Roma, el próximo mes de octubre.

Hace tres años considerábamos a la familia en cuanto inserta en la misión de la Iglesia y realizadora ella misma —iglesia doméstica— de la eclesialidad. Ahora, siguiendo el ritmo marcado por la sucesión de las reuniones sinodales, vamos a ocuparnos del contenido u objeto de esa misión. Ya desde el mismo momento de la convocatoria del próximo Sínodo y de la enunciación de su temática, la comunidad cristiana y, en ella, las Facultades de Teología, han sido invitadas a dirigir la mirada hacia el núcleo de su propio existir. Esa invitación se ha hecho aún más clara y decidida desde que, el 23 de

noviembre, en la sesión de clausura de la reunión plenaria del Colegio Cardenalicio, Juan Pablo II anunció su voluntad de celebrar, a partir del 25 de marzo de 1983, el Año Santo de la Redención, conmemorando el 1950 aniversario de la Muerte y la Resurrección de Cristo. Tanto en ese primer discurso, como en otros posteriores, hasta culminar en la bula de promulgación del jubileo y en la carta remitiendo y presentando al episcopado mundial el *Instrumentum laboris* del Sínodo<sup>1</sup>, el Romano Pontífice ha puesto en relación ambos acontecimientos, considerándolos partes de un único proyecto pastoral, presente desde el inicio de su pontificado y expuesto, en sus líneas generales, en la encíclica *Redemptor hominis*: mover al hombre y a la civilización contemporáneos a abrir las puertas a Cristo, en quien reside toda salvación.

Dos factores vertebran y estructuran ese proyecto pastoral de Juan Pablo II. De una parte, y ante todo, una honda y viva fe en Cristo. En segundo lugar, y como elemento a través del cual ese proyecto adquiere fisonomía histórico-concreta, un cierto diagnóstico sobre la situación cultural de nuestro tiempo. El hombre contemporáneo no es el hombre lleno de confianza en la ciencia o en la revolución que conocieran el siglo XIX o los primeros decenios de nuestra centuria, sino alguien que ha experimentado profundos desencuentros y en cuyo talante vital se entremezclan las ansias de vida y de plenitud con la duda sobre sí mismo, más aún, sobre el sentido de la entera existencia.

«Para el hombre que busca la verdad, la justicia, la felicidad, la belleza, la bondad —leemos en una de las alocuciones antes mencionadas—, sin poderlos encontrar con sus solas fuerzas, y se detiene insatisfecho en las propuestas que las ideologías inmanentistas y materialistas le ofrecen hoy, y, por esto, toca el abismo de la desesperación y del hastío, o queda paralizado en el estéril y autodestructor deleite de los sentidos —para el hombre que lleva estampada en sí, en la mente y en el corazón, la imagen de Dios y siente esta sed de absoluto—, la única respuesta es Cristo. Cristo sale al encuentro del hombre para liberarlo de la esclavitud del pecado y para devolverle la dignidad primigenia»<sup>2</sup>.

1. Discurso en la clausura de la sesión plenaria del Colegio Cardenalicio, 27-XI-1982; Alocución a los cardenales y miembros de la familia pontificia, 23-XII-1982; Bula *Aperite portas*, convocando al Año jubilar de la Redención, 6-I-1983; Carta a los obispos de todo el mundo presentando el *Instrumentum laboris* para la VI Asamblea General del Sínodo de los Obispos, 25-I-1983.

2. Alocución del 23-XII-1982, n. 4.

El hombre se ignora a sí mismo. Busca su plenitud en aquello que no puede saciarle. De ahí que oscile entre la exaltación y el desencanto y se vea abocado a la alienación y a la escavitud. Hace falta sacarlo de su ignorancia, y, para ello, situarlo —no de cualquier manera, sino vitalmente— ante Cristo, en quien y por quien se le manifestará la grandeza de su vocación. Todo ello presupone que el hombre profundice en la existencia, ya que sólo quien va a la raíz de las cosas puede advertir las llamadas que comprometen. Es aquí donde el tema del próximo Sínodo incide frontalmente en el proyecto del Año de la Redención. Nada hay, en efecto, más personal, más hondamente comprometedor que la conciencia de culpa, que la advertencia de la personal condición de pecador y, por tanto, de la necesidad de ser redimido y de la magnificencia de la salvación que en Cristo se nos anuncia, promete y otorga.

En este contexto se sitúa el Simposio que hoy comenzamos, con el deseo de contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, al gran proyecto pastoral al que toda la Iglesia ha sido convocada. El *Instrumentum laboris* del Sínodo —comunicado este año no sólo al episcopado, sino a toda la comunidad cristiana—, junto con los diversos documentos a través de los cuales Juan Pablo II nos ha transmitido sus aspiraciones y su mensaje, constituirán punto crucial de referencia e inspiración. Quisiera recordar también unas palabras del Fundador y primer Gran Canciller de esta Universidad, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, particularmente adecuadas para expresar la profundidad de don que implica el sacramento en el que la reconciliación y la penitencia se plasman y manifiestan: «Nos pasmábamos —afirmaba en 1972, durante un viaje de catequesis por España y Portugal— delante de la grandeza de Dios Creador, que de la nada ha sacado todas las cosas. Nos volvíamos a sobrecoger delante de Dios Redentor, que viene a salvar a la humanidad con tanto amor, que se deja enclavar en la Cruz, sufriendo todo lo que puede, y puede todo lo que quiere, y quiere mucho, porque nos ama mucho (...) Y, finalmente, nos fijamos en el Dios que perdona... Y entonces ya es la locura: ¡un Dios que perdona!, que perdona más que todas las madres y que todos los padres juntos perdonan a sus hijos. A mí me enamora, me encanta. ¡Me quedo removido! Un Dios que perdona es padre y madre cien veces, mil veces, infinitas veces». En esa conmoción interior, en esa admiración, en esa maravilla radica —como dijera la *Redemptor hominis*— el cristianismo. A su servicio debe, pues, estar el esfuerzo de la Teología.

No quiero terminar sin agradecer al Excmo. y Revdmo. Sr. D. Ga-

bino Díaz Merchán, Presidente de la Conferencia Episcopal Española y uno de los tres obispos que en representación del episcopado español participarán en el Sínodo, que haya aceptado la invitación a pronunciar la conferencia inaugural de nuestros trabajos, facilitando así que nos situemos, desde el primer momento, ante una perspectiva a la vez dogmática y pastoral. Mi agradecimiento también a los ponentes —Mons. Jorge Medina, Mons. Inos Biffi, D. Domingo Muñoz— venidos de otros centros de docencia o investigación, así como a todos los que con sus comunicaciones, su presencia y su intervención en los diálogos contribuirán al desarrollo del Simposio. A todos el augurio de un trabajo eficaz y constructivo.